en "Sociología y realidad social" Libro homenaje a Miguel Beltrán Villalva
Madrid: CIS, 2008
pp. 1017-29

Recursos, cultura, desarrollo

Francisco López-Casero Olmedo
Universidad de Augsburgo

Hace mucho tiempo que a los tres medios clásicos de producción se agregó la consideración del capital humano. Pero, como los individuos están organizados en grupos, sería un error limitarse a estudiar el papel de las capacidades e iniciativas individuales a la hora de estudiar el desarrollo. Tan relevantes como éstas son las características de los grupos o entes territoriales en los que están enmarcadas.

Un buen ejemplo lo constituye el caso de los pueblos españoles. Hasta muy entrado el siglo pasado, éstos tendían a ser microcosmos cerrados, en los que el común de sus habitantes iniciaba y cerraba su ciclo vital, en un escenario de cotidiana comunicación y densas interrelaciones. Bien partiera de influjos externos o de iniciativas endógenas, la suerte de estas localidades había de pasar por el filtro de su sistema de valores y entramado social. En principio, esto puede ser aplicado a la generalidad de los pueblos; pero lo he podido apreciar con notable claridad en el caso de las agrociudades, habitat predominante en la mitad sur de España e Italia (López-Casero, F., 1989: 10 ss.).

Tradicionalmente, las características básicas de las agrociudades de estas regiones han sido: una población relativamente grande y la formación de dos subgrupos interdependientes: uno agrario y otro dedicado sobre todo a los servicios y a actividades agroindustriales; fuera de las horas de trabajo, ambos grupos convivían dentro de la unidad residencial del pueblo, configurado sustancialmente por un conjunto de casas compactas. Pese al notable tamaño de la agrociudad, llama la atención el alto grado de conocimiento y comunicación que se daba entre sus habitantes; sobre ello pendía cierto ethos urbano, cuya característica principal era la sociabilidad (Simmel, G., 1911; López-Casero, F.: 1972: 125-127). En las últimas décadas, las agrociudades y el resto de los pueblos españoles se han ido abriendo de forma progresiva, quedando más expuestos que antes a influencias del exterior. Muchos de ellos están pasando por un profundo proceso de reorientación, pero conservan un alto grado de interrelación entre sus habitantes e identidad local. Partiendo de tales observaciones, hace más de tres lustros que intento comprobar la posible relación existente entre el desarrollo o estancamiento de una comunidad local y su idiosincrasia sociocultural. Un instrumento central es el método comparativo.

El marco teórico de estas investigaciones descansa sobre el triángulo formado por los conceptos de *cultura, estructura social y desarrollo,* que quiero precisar. En mi opinión, el término desarrollo encierra un doble aspecto: en su dimensión económica, desarrollo es la creación diversificada y sostenible

de bienes para la satisfacción de necesidades y no tanto un simple crecimiento de la producción. En su aspecto social, desarrollo significa no sólo satisfacción de las necesidades, sino también superación de la pobreza y reducción de la desigualdad.

Por lo que respecta a *cultura* y *estructura,* conviene distinguir conceptualmente entre ambas, aunque en la realidad vayan entrelazadas. El término *cultura* apunta simplemente a un sistema de valores, con las normas y actitudes correspondientes. En cambio, la *estructura social* va referida tanto a la estratificación social como a las relaciones de poder, comunicación y articulación de intereses de los distintos grupos o sectores que integran el ente social. Cultura y estructura no se dan la una sin la otra: la cultura requiere un soporte estructural y la estructura sin un componente valorativo carece de sentido.

En este estudio, el desarrollo es la variable dependiente, que ha de explicarse, mientras que cultura y estructura son las variables independientes o explicativas. Tal enfoque, que yo denomino *condicionantes socioculturales del desarrollo,* presenta ciertas analogías con la teoría del capital social, cada vez más extendida y merecedora de atención. Sin embargo, prefiero no entrar al comienzo en esta temática, sino exponer mi enfoque original, así como la evolución y resultados de los trabajos subsiguientes. Sólo al final esbozaré brevemente la teoría del capital social, proponiendo la única forma en la que yo considero que mi enfoque podría enlazar con ella.

En el método comparativo conviene proceder de la siguiente forma: si se comparan dos localidades de un mismo entorno, como pueden ser dos pueblos manchegos o andaluces, lo que más resalta son las diferencias que puedan aparecer entre ambos. En cambio, cuando los dos casos se encuentran en entornos alejados y distintos, por ej.: una localidad suiza y otra situada en la India, el Japón o Nigeria, lo que más sorprende son las semejanzas que de pronto surjan entre las dos. En el primer caso lo adecuado es explicar la razón de las diferencias y en el segundo, la razón de las semejanzas (Dogan, M./Pelassy D., 1990).

Este enfoque y metodología los apliqué primero en la campiña cordobesa-sevillana, dentro de un proyecto de investigación patrocinado por la Universidad de Augsburgo. Al iniciar este proyecto, recorrí un notable número de agrociudades. La mayoría presentaba aún claras huellas del sistema latifundista que, históricamente, ha marcado el devenir social de la mitad sur de España. Entre las que más parecían conservar las huellas del latifundismo, se citaban una y otra vez Carmona, Ecija y, sobre todo, Osuna. Al final, decidí elegir esta última localidad como uno de los polos de comparación. Osuna aparecía ya a las primeras de cambio como una de esas agrociudades clásicas de la provincia de Sevilla donde el latifundismo ha alcanzado su mayor radicalidad. Con una población de 17.000 habitantes y un término de casi 60.000 hectáreas, tenía una escasa diversificación de las actividades, con un claro predominio de la agricultura extensiva y en especial del cereal de secano.

Por el lado opuesto, había otras localidades que parecían más bien excepciones, caracterizándose por un dinamismo especial. El mayor grado de

excepcionalidad, al menos entre las localidades recorridas, lo ofrecía entonces Puente Genil, situado en la provincia de Córdoba pero en el límite con la de Sevilla y a 50 km de Osuna. Con 26.000 habitantes, su población era muy superior a la de Osuna, pero su término era mucho menor: 17.000 ha. Ya hacia finales del siglo XIX, Puente Genil había tenido una interesante revolución industrial y contaba con un extenso y diversificado tejido empresarial. Fue elegida como contraposición a Osuna. Había que explicar por qué poblaciones bastante cercanas y situadas en un contexto histórico y geográfico similar, presentaban dos modelos muy diferentes de desarrollo: por un lado, la persistencia de un modelo agrícola tradicional, prácticamente estancado, en Osuna y, por otro, la inquietud empresarial de Puente Genil.

Entre los principales resultados de este proyecto, resulta de especial interés la lógica comunitaria que se conforma a través de la identidad local. Las dos localidades presentadas se caracterizan por un alto nivel de identificación de la gente con su pueblo, al que casi llegan a mitificar, aunque en un caso se sientan orgullosos de él y en el otro les duela. Surge así una especie de cultura común de fuerte identificación local y densas interrelaciones; esta cultura común va acompañada en cada localidad de valores económicos diferentes, concordes con la respectiva configuración o estructura social. Lo más significativo es ver cómo un sistema común de valores, centrado en la identidad local, refuerza los respectivos efectos de culturas económicas diversas. Formulado con mayor simpleza, cabe decir que la gente tiende a comportarse de acuerdo con lo que su pueblo espera de él. Un habitante de Puente Genil se sentirá más pontanense si aprovecha las ocasiones que se le presentan para desarrollar una actividad independiente, aunque para ello haya tenido que endeudarse y correr riesgos, algo bien visto en esta comunidad. Por el contrario, en el caso de Osuna, la identificación con el pueblo fomenta el temor a saltar el marco agrario y emprender una actividad empresarial, pues se corre un serio peligro de recoger ecos y reacciones negativas.

Recientemente, he emprendido un nuevo proyecto en la región de la Mancha, contigua a Andalucía y casi tan latifundista como ésta. La finalidad es ver en qué medida se confirman los resultados obtenidos en el proyecto anterior. A personas que parecían conocer bien los pueblos manchegos, les pregunté cuáles tendían a mostrar un mayor dinamismo, discrepando de su entorno. Los nombres que aparecían con más frecuencia eran Tomelloso y Bolaños en la provincia de Ciudad Real, así como Villacañas y Sonseca en la de Toledo.

Después de recorrerlos, he elegido seis pueblos, que forman tres curiosas parejas. Cada una está constituida por dos pueblos colindantes, que, pese a su proximidad, ofrecen grandes diferencias en sus modelos de desarrollo. La primera son Almagro y Bolaños, cuyas casas llegan a juntarse. La segunda pareja la forman Campo de Criptana y Tomelloso. La tercera pareja son Orgaz y Sonseca. En cada pareja hay un pueblo especialmente dinámico y otro caracterizado por un rezagamiento más o menos acusado. Paso a centrarme en el caso de Campo de Criptana, pues su análisis es el que está más avanzado.

Según sus mismos habitantes, esta localidad empezó ya a experimentar una interesante transformación a raíz de la guerra civil (López-Casero, F.,

1989: 302-331). Por un lado, estuvo durante todo el tiempo en zona republicana, se expropió la gran propiedad y se procedió a cultivarla colectivamente. Pero, al finalizar la guerra, se restableció la distribución anterior de la tierra. Sin embargo, no fue ya posible regresar al sistema *semifeudal* que había regido antes, pues surgió un nuevo proceso en el que la guerra no puso el punto final —como en la cuestión agraria—, sino que constituyó el punto de partida. La conflictividad social, precedente a la guerra, se había dirigido fundamentalmente contra el desigual reparto de la tierra; pero apenas había afectado a otro residuo de la sociedad feudal, es decir, a la observancia de un estilo de vida concorde con el propio estamento.

Tal desfase obedecía a que el conflicto basado en la demanda de tierra había ido de la mano de lo que acontecía a nivel nacional; en cambio, la forma de vida siguió siendo hasta la guerra competencia exclusiva del pueblo, donde operaban con eficacia los mecanismos de control social. Pero la movilidad geográfica ligada al mismo conflicto armado y otros factores hicieron saltar el sistema local de valores en cuanto al estilo de vida. Los mismos actores, o sea las personas que tenían de 20 a 30 años al comenzar la guerra y que yo denomino *generación del cambio,* lo expresaban así: con los acontecimientos de la guerra *la gente se espabiló, se despertó, contempló la vida de otra manera, abandonó los temores, se liberó de prejuicios, supo donde le apretaba el zapato.*

En la percepción de los mismos entrevistados, este despertar obedeció sobre todo a la apertura de la localidad al exterior: los movimientos de tropas y las visitas al frente fueron para muchos habitantes la primera ocasión para salir del marco del pueblo, recorrer otras regiones y cambiar impresiones con otras clases de gente. Otros canales de comunicación llegaron directamente al mismo pueblo: por un lado, el considerable número de familias evacuadas —especialmente de Madrid— y, por otro el frecuente paso de tropas y brigadas internacionales, cuyos oficiales eran también alojados en casas particulares. Tal vez el cambio de comportamiento más significativo que surgió durante la guerra fue el que un grupo creciente de mujeres se atreviera por primera vez a abandonar la vestimenta tradicional para vestirse en adelante *de señorita,* derecho reservado hasta entonces a las esposas e hijas de la nobleza terrateniente y de las personas que ejercían una profesión universitaria, como médicos, notarios, abogados, farmaceúticos. Fue una iniciativa de carácter precursor y de alto valor simbólico, pues el vestido ha constituido siempre uno de los signos fundamentales de la condición social en la sociedad estamental.

Acabada la guerra, fue en aumento el número de personas, tanto de izquierdas como de derechas, que deseaban empezar una vida distinta. Los unos, porque, forzados a renunciar a la protesta organizada para obtener tierra propia, decidieron buscar nuevos rumbos y los otros, porque pensaban que una guerra tenía que servir para algo. El deseo generalizado de dar una nueva versión a la vida no pudo ser ya frenado por los mecanismos locales de control. No hay que abrir mucho los ojos para ver la gran paradoja que hay entre el resultado oficial de la guerra —por el que se reinstaura el pasado— y las aspiraciones a vivir de otra forma que la misma guerra genera en

los habitantes de este pueblo. Se trata de un cambio no esperado ni buscado por las élites de poder.

Es difícil comprobar hasta qué punto la guerra civil generó procesos análogos en otros pueblos y regiones de España. Pero es significativo que, en una serie de trabajos realizados por antropólogos en distintos pueblos, se constate que la guerra supuso un corte decisivo en el estilo de vida y en la configuración de la comunidad. En su estudio sobre Benabarre (Huesca), R. A. Barret dice textualmente: «The people of Benabarre are aware that their community has experienced a fundamental social transformation in the lifetime of the present adult generation. They generally mark the change as having ocurred with the Spanish Civil War» (Barret, R. A., 1974: 23). C. Lisón Tolosana, en su obra sobre Belmonte de los Caballeros (Zaragoza) escribe: «The civil war broke the traditional mould of life in the community, offering in its turn new and broader outlooks in every sphere of living» (Lisón Tolosana, C.: 1983: 8). J. Aceves, que estudió en El Pinar (Segovia) en los años 60, pero ya lo había conocido en 1949, formula la siguiente observación: «para los habitantes de El Pinar..., la historia queda dividida en dos períodos: el de antes y el de después de la guerra» (Aceves, J., 1973: 25).

Es cierto que en los años cuarenta, años del hambre, así como en los años cincuenta fueron pocas las posibilidades de ver cumplidas las aspiraciones a un nuevo estilo de vida. Pero sí avanzaba un constante cambio de mentalidad o cultural. Sólo cuando llega la fase de desarrollo económico en la España de los 60, empiezan a apreciarse verdaderos cambios reales y de carácter estructural.

Si del estilo de vivir pasamos a la forma de producir, hay que subrayar que, hasta los años ochenta, los cambios registrados en Campo de Criptana se limitaron básicamente al sector agrario, así como a los servicios y oficios relacionados con él. Destacan tres procesos: creación de nuevas cooperativas en los años cincuenta, mecanización de las faenas agrarias —que no se inicia hasta la segunda mitad de la misma década— y expansión del regadío a partir de los años setenta. Llama la atención que tanto los cambios efectivos como el mismo cambio de mentalidad tiendan a aparecer, en este caso, quince años después de lo que ocurre con las mutaciones relativas al modo de vivir. En el fondo, no puede extrañar, pues vienen condicionados en parte notable por estas últimas. Las transformaciones en el estilo de producción constituían una reacción a la presión sentida, desde abajo, por el aumento de los costos laborales y un comportamiento menos sumiso de los obreros del campo y, desde arriba, por la necesidad de mantener o ampliar los rendimientos netos, si se querían satisfacer las mayores expectativas de bienestar.

De todos modos, había algo que se echaba de menos en todas estas transformaciones: *el surgimiento de una auténtica inquietud o espíritu emprendedor*. Sobran dedos de la mano al contar las empresas un poco mayores que hasta hace algo más de tres lustros había en Campo de Criptana. Lo que sí ha habido siempre es un *fuerte espíritu de trabajo y destreza en los oficios*. Otro valor tradicional ha sido una gran *formalidad en los pagos*, contrastando con la notable *falta de confianza* a la hora de cooperar en la vida económica, como refleja la escasa presencia de tejido asociativo.

En líneas generales, persistía un modelo directa o indirectamente agrario, que, en la década de los ochenta, empieza a dar señales de agotamiento e incapacidad para satisfacer las constantes aspiraciones de consumo, principal dinamizador.

Tal agotamiento tiende a promover la expulsión de la localidad *(push-factor)* y coincide con un factor externo de atracción *(pull-factor)*, apoyado en tres pilares: recuperación de la economía española en 1985, entrada de España en la CE e iniciación de un boom de construcción persistente hasta hace poco. Muchas personas de numerosos pueblos de la Mancha empiezan a desplazarse a Madrid y su área metropolitana. Pero hay una diferencia decisiva en comparación con el gran éxodo rural de los 50 y 60. Esta vez no es la familia la que emigra para establecerse en Madrid, Valencia o Barcelona. Por varias razones, con las que enlaza la mayor atractividad de los pueblos, la gente prefiere seguir viviendo en ellos; es el cabeza de familia el que se desplaza al lugar de trabajo en un proceso incesante de conmuting diario o semanal. Entre Campo de Criptana y Madrid median 150 km, es decir, 300 entre ida y vuelta. Desde más o menos 1988 hasta hoy, el promedio de personas que van y vienen a trabajar se sitúa en torno a las mil, o sea más de una quinta parte de la población activa, según la información recibida de los propietarios de medios de locomoción y personas que reclutaron obreros para llevarlos a trabajar fuera, así como de empresarios fuertes de la construcción que hoy los llevan a sus propias obras. La remuneración obtenida fuera dobla o triplica la percibida en el pueblo. Los commuters no sólo traen ingresos, sino que siguen *abriendo el pueblo al exterior y*, como veremos, ponen la semilla para que se incremente en una medida relativamente fuerte el tejido empresarial de Criptana. A la primera revolución silenciosa de los años cuarenta, que rompe los moldes cuasi-estamentales *del estilo de vida*, sucede ahora otra relativa al *comportamiento empresarial*.

Aparte de una amplia recogida de datos, el análisis de lo ocurrido en esta segunda fase se basa en una encuesta realizada con 25 empresarios y empresarias significativos. Son entrevistas de carácter más bien cualitativo y una duración media de dos horas; se trataba de que los propios actores reflejasen lo que se estaba *cociendo* en el pueblo.

Como es frecuente en la España actual, el modelo de desarrollo por el que pasa ahora Campo de Criptana está centrado en la construcción. De las cuatro empresas mayores, con un personal de 500 a 1.000 personas, tres pertenecen a la construcción, han sido creadas a partir de la última década y se dedican a grandes proyectos. Sólo una de ellas procede de tiempos anteriores; aunque ha estado siempre centrada en la agroindustria, acaba de emprender un interesante camino hacia la producción de biocombustibles. Se añade un buen número de empresas de menor alcance, que o han sido fundadas después de 1990 o han experimentado desde entonces una considerable expansión, inducida mayormente por el mismo sector de la construcción. Desde un punto de vista tecnológico, la principal excepción es una empresa dedicada al reciclaje de piezas de camión, fundada en 1992 por un grupo de trabajadores mecánicos; cuenta con I+D propio y posee ya tres filiales en el extranjero. Otro proceso interesante es que esté surgiendo una verdadera *cul-*

tura del vino. Campo de Criptana cosecha al año más de 100 millones de kilos de uvas, pero, como en otros sitios de la Mancha, está pasando por primera vez de la cantidad a la calidad. Curiosamente, entre las bodegas locales que más promueven tal cambio están las pertenecientes a los constructores más fuertes, casi los únicos que pueden permitirse las grandes inversiones que ello requiere.

Entre las causas dinamizadoras de todo este proceso, se citan el polígono industrial, la red de comunicaciones y el mismo movimiento de idas y venidas a Madrid para trabajar. El fuerte impacto de la creación del polígono, muy positivamente valorado por la generalidad de los entrevistados, salta a la vista. Su superficie industrial de 183.007 m² se ha quedado pequeña, está totalmente ocupada y se proyecta ampliarla en 260.000 de suelo neto. Pero ha de tenerse en cuenta que el polígono arrancó a funcionar a mediados de los años 90, años después de que se desencadenara el proceso y de haber surgido ya la casi totalidad de los empresarios más representativos. Su relevancia está, más bien, en haber catalizado y relanzado iniciativas que ya estaban en marcha.

Sólo una minoría de los encuestados hace referencia al aspecto de las infraestructuras, es decir a la favorable situación de Campo de Criptana en materia de comunicaciones. Conviene indicar que, aunque últimamente se ha realizado y se están realizando importantes mejoras, Campo de Criptana contaba ya con buenas comunicaciones mucho antes de que se produjera la revolución señalada. Aparte de tener estación propia, en la línea de Madrid a Alicante-Cartagena-Valencia, está situado a ocho km de la estación de Alcázar de San Juan, durante mucho tiempo principal nudo ferroviario de la mitad sur de España. En cuanto al transporte por carretera —más relevante para el fenómeno de commuting aquí estudiado—, hacía varias décadas que Campo de Criptana gozaba ya de tan buenos enlaces con Madrid como a finales de los ochenta.

De ningún modo deseamos subestimar el decisivo papel que puede jugar la infraestructura en el desarrollo de una localidad o territorio. Sólo queremos resaltar que la infraestructura no basta por sí misma; es necesario que el ente social que ha de aprovecharla sea capaz de reaccionar ante las oportunidades que ofrece. Podrían aducirse numerosos ejemplos. Nos limitaremos a contrastar dos casos, pertenecientes al entorno aquí analizado. Como se ha insinuado ya, Alcázar de S. Juan disfruta de una situación privilegiada desde hace más de un siglo, que le ha generado un innegable beneficio económico. Pero el único sector donde éste se refleja con claridad es el comercio, receptor de la demanda generada por el gran número de empleados ferroviarios, que solía pasar claramente de 1.000; esto acabó dando a Alcázar una función de centralidad, principalmente comercial, en su relación con los pueblos de la comarca. De todos modos, no puede decirse que el nudo ferroviario haya servido para que esta población desarrolle un verdadero espíritu emprendedor. Muy distinto es el caso de Tomelloso, un pueblo que, tras varios y frustrados intentos, sólo logra asentarse como población a partir del siglo XVI. Hasta la reciente inauguración de la Autovía de los Viñedos, no pasaba cerca de él ninguna de las principales vías de comunicación. Ópticamente, daba la im-

presión de hallarse marginado en el borde sur de la amplia llanura manchega. Sin embargo, Tomelloso hace mucho que muestra un fuerte espíritu emprendedor, cuenta ya con más de 33.000 habitantes, una producción muy diversificada y la renta per cápita más alta de la provincia de Ciudad Real.

Por lo que respecta al proceso de desarrollo surgido últimamente en Campo de Criptana, los entrevistados y otros informadores coinciden en señalar como su principal desencadenante el mismo movimiento de *conmuting*, originado a su vez por los factores de atracción y expulsión ya especificados. Como resaltó un informador reflejando a su manera lo que viene a ser el sentir general, *la verdadera revolución empieza con la ida y venida a Madrid para trabajar.*

El concepto general de empresario es el de alguien que organiza, gestiona un negocio o empresa y asume sus riesgos; tal es la definición del Merrian-Webster Dictionary, frecuentemente utilizada en este contexto. Según las distintas escuelas, varían notablemente las características que se asocian al término de empresario o emprendedor, como prefieren decir no sin razón algunos autores, dada la imagen negativa que conlleva a veces el primero de ambos (Fernández Esquinas, M./Ruiz Ruiz, J., 2006, 29). El espacio disponible sólo nos permite una alusión a los dos tipos extremos entre los que acostumbra a moverse la descripción del empresario: el primero es el de una persona de grandes aptitudes y precursora del cambio, cuyas características sólo se encuentran en una fracción muy pequeña de la población. En el fondo juega aquí un papel relevante el aspecto de la innovación, tan resaltado por Schumpeter. El otro extremo lo constituye cualquier persona que desee trabajar de forma independiente o, por así decirlo *autoemplearse*. Lógicamente, se trata de un colectivo mucho más amplio que en el primer caso.

Es curioso que ninguno de los entrevistados hable por ahora de Campo de Criptana como un pueblo emprendedor. Para resaltar esta deficiencia, recurren a menudo a la comparación con otros pueblos cercanos, que o han sido siempre mucho más dinámicos, como Tomelloso, o bien han arrancado antes. En general, reconocen que Campo de Criptana está despertando ahora con fuerza, pero no pocos añaden que los que se mueven no son empresarios de verdad. A la mayoría la ven como plagiadores o personas que buscan mejorar el ingreso, pero no como gente que tenga verdadera iniciativa, desee complicarse la vida o vean la actividad empresarial como una satisfacción personal. En realidad, aparecen los dos tipos de empresario antes señalados, pero son más raras de lo común las excepciones en las que puede hablarse del componente innovador. Esto no puede sorprender, dado que una gran parte de los nuevos empresarios procede del sector agrario. A lo largo de nuestros trabajos de campo hemos podido comprobar una y otra vez lo difícil que es pasar directamente de la actividad agraria a otra actividad que no sea la construcción o el sector de transportes, especialmente como conductor de camión. En la encuesta arriba mencionada, sólo uno de los diez empresarios que se dedican hoy día a la industria había trabajado antes en el campo; lo había hecho en su juventud y durante un breve tiempo.

Por otro lado, varios de los empresarios interrogados insinúan que han conocido a personas con una inquietud empresarial que hubieron de reprimir.

Se adquiere la impresión de cómo si Campo de Criptana hubiera sido una sociedad capaz de hacer algo, pero sujeta a un fuerte control. Esto cobra especial relieve cuando los entrevistados insisten en lo arraigado que estaba *el miedo* a ser empresario. Es un fenómeno que en un momento u otro de las entrevistas aflora con llamativa frecuencia; unas veces espontáneamente y otras, tras una breve insinuación. De significativo interés es el caso de dos personas encuestadas que, apenas sugerí la posibilidad de un anterior miedo al fracaso, me corrigieron diciendo: *no, no era miedo al fracaso, era miedo al ridículo, al qué dirán*. En otras palabras era el miedo a hacer el ridículo ante el pueblo, algo análogo a lo habíamos observado en Osuna. Por reflejar y resumir los aspectos predominantes de las repuestas, nos parece adecuado citar a uno de los entrevistados, que se expresó así: *antes había mucho miedo a ser empresario; ...emprender una empresa no es fácil, la inversión es grande... Luego la familia que te dice: mira, tú ya tienes un sueldo, qué necesidad tienes de complicarte la vida. Y luego el pueblo. En este pueblo todavía sigue funcionando mucho el qué dirán... Aunque hoy día ya pensamos de otra forma. Entonces no había mentalidad. Hoy sí, hoy hay una mentalidad grande. Cuando yo me puse por mi cuenta* (en 1991), *pensé: bueno si consigo algo, bien y, si no lo consigo, como no tengo nada, me puedo quedar igual que estoy... A veces piensas: bueno, si fracaso, qué van a decir. Es un miedo que al final es la opinión del pueblo... la mayoría de la gente, sobre todo los que no son empresarios nos tienen cierta envidia y luego los comentarios son destructivos. La gente dice entre sí: «no te preocupes, si ya caerá; torres más grandes han caído. Pero de dónde habrá salido; toda su vida muerto de hambre y ahora qué se cree».*

También hay convergencia de opinión en otras dos cosas: primero, en recalcar que este miedo se está superando y, segundo, en cuanto a la causa de esta superación. La causa radica una vez más en la salida masiva para trabajar fuera, que introduce un cambio de orientación: se tiene cada vez menos en cuenta *el qué dirán* en la localidad y se pone la vista en pautas externas de actuación. Por ej., hubo albañiles, ahora fuertes empresarios de la construcción, que pensaron: *¿si esta gente de fuera es capaz de hacer esto, por qué nosotros no?* Formulado de forma algo abstracta, el tenor unánime de las respuestas es que, si no se hubiera salido, la superación del miedo y el lanzarse con decisión a actividades propias no se habrían producido. Aparte de este dato de opinión, es interesante constatar que los cinco constructores más importantes y que hoy día constituyen, en conjunto, el grupo empresarial más potente de la localidad, se convirtieron en empresarios después de haber salido a trabajar al exterior. Lo mismo puede decirse de dos de los tres empresarios industriales más relevantes de la nueva generación. Paralelamente a estos procesos, ha ido cambiando de signo el eje de valores del pueblo, que a través de los mecanismo estructurales de control social marca el rumbo de los comportamientos. Ya no se mira tanto a la clase alta, sino al que está logrando triunfar. *Si antes el pueblo esperaba que la gente no se saliera de sus casillas, ahora espera que coja una furgoneta y se vaya a hacer un par de obras.*

La población es consciente de que toda esta dinámica gira excesivamente en torno a la construcción. Muchas personas tiemblan ante la idea de que este sector llegue a fallar. Son todavía relativamente pocos los empresarios que es-

tán penetrando en otras ramas, aunque ya existan casos interesantes, que van en aumento. Por otro lado, no se pueden pasar por alto las sinergias que están surgiendo entre la nueva cultura del vino y unas prometedoras posibilidades turísticas, que empiezan a ser mejor explotadas; así lo indican los 58.711 turistas (casi 36.271 nacionales y 22.440 extranjeros) llegados en el 2007. Esto supone el doble que las cifras registradas en los primeros años del presente siglo, que solían oscilar en torno a los 30.000, menos en el año 2005, en el que la cifra total pasó considerablemente de 150.000; pero no hay que olvidar que este último año constituyó un año de excepción, por celebrarse en él el V Centenario de la publicación del Quijote. Campo de Criptana, colgado de una ladera manchega, es punto de confluencia de la Ruta del Vino y la Ruta de D. Quijote, ambas de reciente creación.

No voy a aventurar un pronóstico sobre el futuro económico de Campo de Criptana. Sólo deseo resaltar aquí un hecho que puede considerarse histórico: es la relevancia de ese espíritu emprendedor que, con todos sus defectos, se ha apoderado por primera vez de los habitantes de este pueblo, va en constante aumento y tiene carácter de irreversible.

Se añade el que la práctica totalidad de los empresarios entrevistados muestre un alto grado de identidad local; su contenido central no es precisamente la consciencia de que existe una población emprendedora, como aparece por ej. en los casos de Bolaños, Sonseca y Tomelloso, sino el fuerte interés que siempre ha mostrado Campo de Criptana por todo lo que sea vida cultural. Un papel destacado juega aquí la banda municipal, de gran tradición y que condujo hace unas décadas a que Campo de Criptana pasara a tener su propio conservatorio de música. Algunos de sus componentes saltaron del plano local al nacional, bien fuera como intérpretes o compositores. Otro dato significativo es que, en los últimos años, llegaran a existir ocho grupos de teatro. En todo caso y pese a sus fuertes y crecientes lazos con el exterior, los empresarios de Campo de Criptana siguen viendo su mundo en el pueblo y no se cambian por nada. Esto conlleva que el producto de sus actividades no se disperse por otros lugares y revierta, en considerable medida, sobre su propia localidad. Es un caso claro de lo que hoy día se denomina algo bárbaramente *glocalización*.

Como prometí, intentaré enlazar brevemente mi exposición anterior con la teoría del capital social. Las ideas que encierra esta teoría se remontan a los clásicos de las ciencias sociales. Pero el término de capital social no adquiere carta de naturaleza hasta que lo retoman en los años ochenta una serie de científicos, entre los que destacan Pierre Bourdieu, James S. Coleman y Robert Putnam, el autor que más lo ha popularizado.

El problema radica en la falta de una consecuente conceptualización. Junto a otras definiciones, existe una fuerte tendencia a situar el *capital social* en conexiones caracterizadas por redes sociales, normas de reciprocidad y confianza; todo bastante relacionado con el *espíritu cívico*. No obstante, por muy importantes y fructíferas que sean la cooperación y la solidaridad, no pueden recabar para sí la exclusiva de la realidad sociocultural. Entre las principales debilidades de la teoría descrita está el no haber tenido suficientemente en cuenta la complejidad del capital social.

Uno de los teóricos del capital social, Michael Woolcock se ha percatado de ello y ha integrado lo más aprovechable de dos corrientes que discurren, respectivamente, a nivel macro y micro; ha elaborado un modelo que permite analizar y evaluar las políticas y procesos de desarrollo, tanto desde una perspectiva *bottom-up* como *top-down*. Entre las aportaciones más interesantes de Woolcock está haber agregado a la categoría del enraizamiento o integración intracomunitaria la de la autonomía extracomunitaria o de las relaciones con el exterior —un aspecto que indudablemente enlaza con los efectos de la apertura hacia fuera observados en Campo de Criptana—; de esta forma, Woolcock rompe ese círculo cuasi incestuoso de magnitudes engarzadas en torno a la solidaridad (Woolcock, M., 1998).

Pero, bien sea porque el caso presentado por mí no empieza como resultado de una estrategia de desarrollo, sino como un proceso espontáneo, o bien por otras razones, lo cierto es que siento la necesidad de un concepto de capital social aún más amplio, pero lo suficientemente preciso para ordenar las ideas. Propongo por ahora la siguiente definición: capital social puede ser cualquier elemento sociocultural que, en un contexto dado, sirva de recurso para alcanzar un objetivo. En caso de variar el contexto, puede ocurrir perfectamente que el mismo elemento sociocultural pierda esta condición de recurso; como veremos enseguida, es lo que sucede —aunque en sentido inverso— con la función del mismo pueblo en el caso de Campo de Criptana. Paso a citar algunos elementos socioculturales sacados de los resultados de mis trabajos de campo que pueden servir de ejemplos de capital social: 1) la existencia de un tejido diversificado de empresarios dinámicos, capaces de asegurar un desarrollo local endógeno; 2) la articulación de intereses entre los diversos sectores de la localidad, para que de la competencia o controversia externa salga una opinión común, capaz de ser defendida ante el exterior como opinión del pueblo; 3) la existencia de unos mecanismos generalizados de comunicación, como podía ser antes la Plaza, que faciliten a los habitantes la información suficiente para orientar su acción en la conducta de los demás; 4) el último ejemplo tiene que ver con el mismo pueblo como ente social: hasta hace pocos años, Campo de Criptana como conjunto social frenaba las iniciativas empresariales de sus habitantes; en este sentido, *el pueblo* difícilmente podía ser considerado como capital o recurso social para promover el desarrollo. Ahora, con el cambio del sistema de valores y simultánea reestructuración de las relaciones de fuerzas, parece que sí está empezando a serlo, al generar un espíritu de emulación, que empuja a la gente a imitar lo que otros han logrado. De esta forma el juego combinado de elementos culturales y estructurales (variables independientes) contribuye esta vez al desarrollo de un espíritu emprendedor, base importante del desarrollo económico (variable dependiente).

CUADRO 1. *Parejas de pueblos colindantes actualmente en estudio*

	Habitantes 1787	*Habitantes* 2005	*Término en km²*	*Habitantes por km²*	*Hidalgos* 1787
Provincia de Ciudad Real					
Almagro	9.225	8.502	250	34	40
Bolaños	1.570	12.071	88	137	0
Campo de Criptana	4.430	13.541	334	41	16
Tomelloso	3.150	33.548	242	139	1
Provincia de Toledo					
Orgaz	2.213	2.762	155	18	41
Sonseca	2.848	10.132	60	169	9

Fuente: Catastro del Marqués de la Ensenada e Instituto de Estadística de Castilla-La Mancha.

Terminaré subrayando un resultado de mis investigaciones en Andalucía y La Mancha, que suele darse con relativa frecuencia a nivel global, aunque no siempre: es la correlación inversa que tiende a darse entre disponibilidad de recursos materiales y espíritu emprendedor; baste como ejemplo la ausencia de un tejido empresarial autóctono que se aprecia en mucho países poseedores de petróleo o de abundantes recursos mineros. Si, en los casos aquí objetos de estudio, tomamos como indicador de recursos la extensión del término y la calidad del suelo, observamos cómo los pueblos que primero se caracterizaron por un mayor dinamismo son los que empezaron a moverse sobre un suelo escaso e incluso de peor calidad. Es el caso de de Puente Genil, Bolaños, Sonseca y Tomelloso. Claramente mejores fueron las condiciones de partida en los casos paralelos de Osuna, Almagro, Orgaz y Campo de Criptana. La fisonomía y evolución de los dos pueblos andaluces, Osuna y Puente Genil, así como las conclusiones que de ello se derivan han sido tratadas ya en otras publicaciones (ver por ej.: López-Casero, F., 1997). Por lo que respecta a las tres parejas de pueblos manchegos, objeto del actual proyecto de investigación, juzgamos de momento muy ilustrativos los datos que refleja el Cuadro 1.

Especialmente llamativo es que los pueblos con un término significativamente menor que el de su pareja respectiva y que, en el siglo XVIII, tenían en general una población inferior presenten hoy día un número de habitantes muy superior. La reflexión sobre las estructuras sociales de todas las poblaciones que han sido o están siendo analizadas, tanto en Andalucía como en la Mancha, me lleva a la siguiente conclusión: donde había recursos físicos, su atractividad hacía que se asentaran en ellos élites de poder, que estaban más interesadas en explotar el suelo con mano de obra barata que en el desarrollo de la población. En cambio, donde el suelo prometía poco, se establecían unas sociedades más igualitarias, que prácticamente empezaban de cero; habían de desarrollar un mayor dinamismo para encontrar alternativas a las deficientes disponibilidades locales. A diferencia de lo que ocurría en el primer grupo, había en estos pueblos un número mucho menor o nulo de hidalgos que estuvieran por encima de la población, marcando las pautas. Con-

siguientemente, aunque sus habitantes dispusieran de menos recursos materiales, contaban con un recurso tal vez más importante y era: la *libertad o autonomía de comportamiento* a la hora de buscar otras alternativas, otro interesante ejemplo de capital social.

Referencias bibliográficas

ACEVES, J. B.: *Cambio social en un pueblo de España,* Barcelona.

BARRET, R. A. (1974): *Benabarre. The modernization of a Spanish Village,* Nueva York.

DOGAN, M., y PELASSY, D. (1990): *How to compare nations. Strategies in Comparative Policies,* Chatham.

FERNÁNDEZ ESQUINAS, M., y RUIZ RUIZ, J. (2006): *Los jóvenes y la creación de empresas,* Actitudes y comportamientos emprendedores en la juventud andaluza, Madrid.

LISÓN TOLOSANA, C. (1966): *Belmonte de los Caballeros,* Princeton.

LÓPEZ-CASERO, F. (1989): *La agrociudad mediterránea. Estructuras sociales y procesos de desarrollo,* Madrid.

LÓPEZ-CASERO, F., LA PLAZA, en: ETHNICA. *Revista de Antropología,* n.º 4, págs. 87-133.

SIMMEL, G. (1911): «Soziologie der Geselligkeit», en: *Verhandlungen des Deutschen Soziologentags,* vol. 1, págs. 1-16.

WOOLCOCK, M. (1998): «Social capital and economic development: Toward a theoretical synthesis and policy framework», en: *Theory and Society,* n.º 27, págs. 151-208.